

**Gisela Leal**

El maravilloso y trágico arte  
de morir de amor



# Gisela Leal

## El maravilloso y trágico arte de morir de amor



*Para Moby Dick  
y el Capitán  
Ahab*



# Volumen I Purgatorio

## Preludio

---

El 3 de noviembre de 1960, a las 13:54 horas, en la Ciudad de México, D.F., nace Valentina Jaime de Alba.

El 6 de agosto de 1961, a las 18:18 horas, en un avión francés que volaba sobre territorio español, nace José Cayetano de María.

El 20 de abril de 1966, a las 15:33 horas, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, nace Nicolás Santamaría Sáenz.

El 17 de octubre de 1987, a las 12:35 horas, en la ciudad de Boston, Massachusetts, nace Balbina de Quevedo Hass.

La vidas de estas cuatro personas están intrínsecamente conectadas por energías invisibles que dominan el universo, energías que son ajenas a todo control terrenal, inexplicables para cualquier humano porque son manejadas por un Algo que es infinitamente lejano a su naturaleza de mortal, que no se pueden tocar, oler, oír, probar, y mucho menos ver, ya que dicha energía, al ser superior a ellos en un grado incomparable, no cuenta con ninguno de los sentidos ni características básicas perceptibles por la conciencia colectiva de este mundo, sino con cualidades de orden metafísico, divino, etéreo, indetectables para alguien que es concebido por el óvulo de una mujer que fue fecundado por el esperma de un hombre y que necesita oxígeno, sangre corriendo por las venas, la ingesta de cierta cantidad de nutrientes, agua, afecto por parte de otros seres de su misma naturaleza, sentido de pertenencia a un grupo social, la protección de sus progenitores desde el momento de su concepción y durante el resto de su vida, una interac-

ción exitosa con sus homólogos, horas de descanso, aprobación por sus iguales y superiores, intercambio de fluidos y secreciones con seres con los que se comparte una atracción sexual de naturaleza animal, el cumplimiento de una actividad productiva en la cual invierta su energía, fuerza y capacidad mental durante un mínimo de 8 horas diarias, 5 días a la semana y la que, a cambio, le brinde los recursos necesarios para ser intercambiados por un servicio médico que le asegure que, en caso de pérdida de sangre, ésta se pueda comprar, así como el agua, afecto, pertenencia, protección, aprobación, una cama y/o una dotación de Tafil o Xanax en caso de que no se logre cumplir esa tarea básica para el buen funcionamiento del sistema nervioso, objetos materiales que otorguen –como consecuencia de contar con los ingresos para adquirirlos– la suficiente seguridad emocional para entrar en la competencia diaria que vive contra el resto de sus iguales con el único objetivo de obtener un sentido del éxito personal, así como una serie de elementos de orden orgánico y emocional básicos para la supervivencia de humanos que son muy humanos. Sin embargo, la incapacidad de estos para entender a ese superior e inalcanzable Algo no afecta el resultado y, por eso, las cosas suceden de una manera y no de otra: la moneda cae cara arriba y no al reverso. Por eso un hombre se para en el primer café que encuentra y, sin pensarlo ni elaborarlo, elige esa mesa que tiene como vista a esa persona que es imposible no voltear a ver; imposible no pararse para hablarle; imposible no pedirle que se tome un café con él; imposible no pedirle su teléfono; imposible no hablarle para invitarle a cenar; imposible no terminar en su departamento; imposible no hacerle el amor; imposible no enamorarse de manera fulminante; imposible no pedirle que se quede el resto de la vida a su lado; imposible no serle fiel hasta la muerte; imposible no morir internamente teniendo tantas

opciones de ruta distintas como posibles mezclas de factores para su ejecución existan en el cosmos. Por eso el semáforo cambia a verde justo cuando la mujer que camina en la intersección contraria toma el celular para contestar el correo electrónico que acaba de recibir del trabajo, continuando su andar en perfecta sincronización con el movimiento del camión de basura que avanza según lo ordena el tono aprobatorio del semáforo, camión que cuenta con unos frenos que trabajan al 55% de su capacidad gracias a que no se le ha dado mantenimiento desde hace 2.5 años por falta de presupuesto gracias a una mala administración de parte de los funcionarios públicos [no siendo la falta de presupuesto una consecuencia de decisiones divinas, sino una basada en una de las formas más básicas de la naturaleza del hombre: avaricia], manejado por un chofer que no tiene capacidad de reacción inmediata al volante gracias a que, por esa misma falta de presupuesto que lo hace recibir el salario mínimo, tiene que atender dos trabajos, lo cual le permite sólo 3.30 horas de descanso diario y jaquecas que lo distraen constantemente. Y existe un instante en el que ambos avanzan ignorantes de que la conclusión de continuar dicho movimiento los llevará hacia un evento fatal. Y, de un momento a otro, la señal de Internet del smartphone de la obsesa mujer se pierde, haciendo que se frustre por no lograr enviar su correo, hecho que la hace detenerse antes de dar los dos pasos necesarios para llevarla a una catastrófica muerte. Y, sólo por ese evento aparentemente fortuito, ese detalle incómodo a primera vista para el peatón, esa perfecta formulación de elementos acomodados de tal manera que la ecuación da un resultado positivo y no uno negativo, sus vidas continúan como si nada hubiese podido pasar; una como si la muerte nunca la hubiera rozado y otro como si la culpa nunca hubiera tenido la oportunidad de acabar con su libertad. Por eso un hombre

se para en el primer café que encuentra y, sin pensarlo ni elaborarlo, elige esa mesa que tiene como vista a esa persona que es imposible no voltear a ver; imposible no pararse para hablarle; imposible no pedirle que se tome un café con él; imposible no pedirle su teléfono; imposible no hablarle para invitarle a cenar; imposible no terminar en su departamento; imposible no hacerle el amor; imposible no enamorarse de manera fulminante; imposible no pedirle que se quede el resto de la vida a su lado; imposible no serle fiel hasta la muerte; imposible no darse un tiro en la sien y dejar a un bebé de un año dos meses huérfano gracias a la depresión crónica que se sufre después de que, con tan sólo tres años de feliz matrimonio, éste se acaba porque el amor de su vida murió de la manera más absurda y menos probable: destrozada bajo las vías del metro que la llevaría a su casa por una persecución en la que ella no tenía absolutamente nada que ver. Por eso, teniendo tantas opciones de ruta distintas como posibles mezclas de factores para su ejecución existan en el cosmos, un joven de veintitrés años termina caminando por la misma calle, a la misma hora en que un oficinista explotado por su jefe pierde el control de su motocicleta por caer dormido y la estrella contra la pared, no sin antes hacerlo también contra el recién graduado que se dirigía a su trabajo y que tenía innumerables opciones para ir o no por esa calle, mismas en donde en ninguna se registraría un accidente de coche a las 10:23 AM, hora en la que sucedió la tragedia. Por eso un estudiante pierde el ticket de tren que tenía para visitar a sus padres gracias a que no escuchó su alarma porque una tormenta eléctrica provocó el colapso de la fuente de energía de la colonia, dejando sin luz a la cuadra donde se encuentra la casa donde vive el amoroso hijo, mismo tren que minutos después de partir se descarrila gracias a un error humano resultado de un ferrocarrilero que lo maneja

completamente alcoholizado ya que no puede superar el hecho de que su hijo menor murió atropellado en un accidente de motocicleta mientras iba rumbo a su primer trabajo. Por eso unos se salvan y otros no, porque unos están en el momento exacto en que el ladrón entró al banco y ya no pudieron salir, porque otros, por cuestión de segundos, fueron atendidos antes y por eso no tuvieron que ser víctimas de ningún asalto; por eso unos deciden dejar de moverse centímetros antes y otros, centímetros después, como todo lo que sucede en la vida, en un orden inherente basado en un Plan Supremo que trabaja en sincronía perfecta con el universo y que jamás será comprendido ni descifrado por quienes dependen de él porque la manera, las razones y las causas del porqué son las cosas así y no de otra manera no sigue ningún patrón o fórmula que pueda seguir una lógica humana. Y es que todo –cada mínimo detalle, cada supuesta casualidad, cada característica sin importancia aparente– es parte de ese Plan Supremo: la suerte no existe: todo los objetos, todos los humanos, todos los tiempos y espacios, todos y cada uno de los elementos que participan en cualquier suceso juegan un papel en ese plan divino. Y, por más que se trate de seres intelectual y espiritualmente superiores al promedio de la población, Cayetano, Valentina, Nicolás y Balbina también son variables que viven bajo los dictámenes de ese Plan Supremo, justo como el resto de los mortales lo hacen, también. Y el Plan estipula que ellos, con rutinas tan incompatibles, espacios geográficos tan múltiples, tiempos distantes, realidades tan diversas y miles de millones de personas con las cuales también pueden conectarse, sean precisamente ellos cuatro y no otros los que formen parte de esta historia tan devastadora. Tampoco es casualidad el hecho de que esta obra se encuentre en tus manos, siendo leída por tus ojos y procesada por tus neuronas, las cuales absorberán cada

evento sucedido en esta historia de tal forma que ésta modificará palabra a palabra tu estructura química cerebral hasta lograr que cambie su proceso de pensamiento, juicio, análisis, et al., de distintos eventos, convirtiéndote en un ser más íntegro, evolucionado y superior al resto, brindándote un crecimiento, al menos intelectualmente hablando, ya que el contar con una mente más educada no precisamente conduce a una mejor calidad de vida, sino todo lo contrario: cuando en esta vida se sabe mucho, se está más cerca y se es más condenado al sufrimiento.

Nota: esta obra está basada en hechos reales. Todo lo narrado en ella sucedió en la vida de cada una de estas cuatro personas, así como en la de los personajes secundarios que forman parte de ella, todos, es importante mencionarlo, productos de la ficción.

## **Dramatis personæ**

Narrador: Monotype Modern

Gisela Leal: Avenir Book

Balbina de Quevedo Hass: Cambria

Nicolás Santamaría Sáenz: Arial

José Cayetano de María: Garamond

Valentina Jaime de Alba: Caliban

Pablo Matías Madero: Bell MT

Constanza Hass Wellington: Trebuchet MS

Plutarco Quiroga: TW Cen MT

Eugenio Santamaría Rivera: Futura

Julia Sáenz Fernández: Footlight MT Light

Bernardo Santamaría Sáenz: Century Schoolbook

Leonardo: Helvética Neue

Patricio, maestro de yoga: Calibri

Reportera de BBC News: American Typewriter

Japan Airlines Call Center: MS Gothic

Bibliotecario: Comic Sans MS

Screenplay: Courier New

Delivery Guy DHL: Bauhaus Medium

Alumnos de Introducción a la teoría de la verdad: Bell Gothic Light

Enfermera: Century Gothic

Primer Médico: Imprint MT Shadow

Julio Cortázar: EstaSmallCaps

Octavio Paz: Berkeley

Buzón de voz de Balbina: Optima

Empleado de Geek Squad/Psicópata: Hoefler Text

William Shakespeare: Edwardian Script ITC

## Reporte de Juicio Literario: Courier

# 1

---

Es un viernes diecisiete de junio de dos mil once, uno de esos viernes diecisiete de junio de dos mil once en los que se toman pequeñas decisiones o suceden hechos inesperados que cambian por completo la vida de una persona, que la marcan hasta el final de sus días, que la acompañan hasta sus últimos suspiros de vida, hasta el segundo antes de partir de este mundo para entrar al siguiente, que determinan un antes y un después en la historia personal del afectado. Es un viernes diecisiete de junio de dos mil once en el que, como el resto de los días de la historia de la humanidad, a alguien, en alguna parte del mundo, le ocurrirá algo que no tenía previsto, que nunca pensó que le sucedería, que lo hará replantear todo lo que hasta este momento ha pensado sobre la vida y la muerte y el porqué está en ese y no en otro lugar. Por supuesto que, para miles de millones de humanos, este viernes diecisiete de junio de dos mil once comenzará y acabará sin mayor emoción, motivo, desgracia o fortuna. Será *any given monday*. Un día que no se recordará jamás. Todos tenemos esos días; a veces son necesarios. No es sano vivir en un constante vaivén emocional gracias a la inestabilidad que causan los días-que-cambian-el-resto-de-la-vida. Por supuesto, existen vidas que cuentan con este tipo de días con mayor frecuencia que otras. Esto determina qué tan aburrida o fascinante, ordinaria o excepcional, trágica o cómica es la existencia de un humano en este mundo. Lo ideal para que una persona sea merecedora de que se registre en escrito la historia de su vida es que ésta sea fascinante, excepcional y, sin lugar a

dudas, trágica; nadie descarta la opción de cómica pero, antes de eso, trágica. La belleza de la tragedia reside en que lleva a pasar los límites del sano juicio para entrar en ese trance de demencia que convierte cualquier evento en una short fiction digna de ser publicada en *The New Yorker* y ser leída por tantos que desearan que esa historia les sucediera a ellos mismos, no porque tenga un final feliz ni porque se desarrolle en un mundo utópico donde el cáncer no existe, la comida no cuesta y las drogas no son juzgadas, sino porque, aunque sea la historia más desgarradora jamás leída, vivir algo así será eternamente mejor que no vivir nada, que vivir en una mediocridad de emociones, donde todo sucede en un término medio, un constante 50%, sin mayor eventualidad en el día a que den las 7:00 PM para acabar la jornada laboral, apagar la computadora, salir de la oficina y llegar a casa a ver un capítulo de *Breaking Bad* mientras se cena, frente a la laptop y en la fiel compañía de Netflix, alimento procesado por todo tipo de máquinas que logran exitosamente convertir químicos en material comestible para el sistema humano después de estar congelado durante un periodo antinatural y calentado por un artefacto que genera ondas electromagnéticas en la frecuencia de microondas. Llegar a concebir la idea de cometer suicidio gracias a que el dolor que un individuo puede experimentar supera cualquier nivel de tolerancia siempre será más seductor que tener que recurrir a series, películas, novelas, teatro o cualquier otro formato en el que una historia se pueda contar para, por medio de la vida de otros, de esos que sí viven emociones de valor, de los que cuentan con una historia que logre mantener sentada a una audiencia durante horas, poder al menos tener una idea de qué se siente sentir ya que, en su realidad directa y natural, en su día a día personal eso es algo que no sucederá.

La vida ordinaria existe. Vive allá afuera. Puede encontrarse en cualquier esquina: en el director de una multinacional que basa su vida en reportes en hojas de Excel y pie charts y el EBITDA; en la madre de familia que a sus 58 años se da cuenta de que sus hijos ya se han ido, su esposo le provoca el mismo deseo sexual que su hermano menor y, si lo dejara para aventurarse en encontrar una fuente de emoción alternativa, no tendría cómo vivir porque dejó su carrera de psicología para ser madre y, en estos treinta y cinco años, la concepción de la materia ha evolucionado por completo. Aparte de que, ¿qué persona con el suficiente sentido común asistiría a terapia con una persona que está divorciada y abandonó su evolución personal durante más de la mitad de su vida?; en el alumno que se sienta al frente de la clase todos los días y prefiere invertir dos horas en su casa preguntándole a Google cómo resolver una ecuación lineal de primer grado antes que alzar la mano y preguntarlo frente al resto del grupo porque, mientras menos sepa el mundo que existe en él, las probabilidades de supervivencia son más altas; en el artista frustrado que nunca terminará su documental porque siempre es más fácil hacerse creer que no es director de cine porque no intentó lo suficiente porque en realidad no se es bueno; en el grupo de mujeres de entre 30 y 40 años que se reúne todos los miércoles para hablar de lo equivocadas que están las vidas ajenas, con divorcios, drogas, depresiones, infidelidades, desórdenes alimenticios, suicidios y una serie de consecuencias que ellas, por ser mujeres íntegras y modelos a seguir para la sociedad, jamás tendrán que enfrentar, porque su vida es perfecta, sin ninguna arruga, sin un solo error, sin nada que deba cambiarse porque todo está en perfecto orden, a diferencia de la de todos los demás; en todas y cada una de las personas que harán lo que sea necesario por permanecer en su zona de confort y nunca cuestionar formas ni fondos